

mismos bárbaros que lo impugnan; Dios no permite al genio de la epidemia que dé libre vuelo en la tierra; ésta se conmueve á la simple insinuacion de su Criador, pero ni las ciudades se convierten en salobres lagos, ni se abre la tierra para tragar á sus habitantes. ¿Y por qué? Porque Dios tiene siempre puestos sus ojos en la víctima inocente, porque el Cordero de Dios vive en continua inmolacion para rogar por nosotros. ¡Y pluguiese al cielo que nuestra fé en esa Hostia sagrada fuese más viva, que en los templos se adorase al Señor en espíritu y verdad, que no se viese profanada la presencia de Jesucristo con tantas irreverencias y faltas de respeto! ¡Pluguiese á Dios que no viésemos cada dia en nuestros templos el degradante y enfadoso cuadro de muchos cristianos que, léjos de acudir á las sagradas solemnidades por adorar al Señor, sólo vienen á ocupar un puesto cómodo para entablar conversaciones inútiles ó discusiones inoportunas, y quizás malignas, llamando la atencion del fiel que ora y llenando de escándalo y estupor al infiel que no ora, pero observa!

Señores, esta es la realidad de lo que se ve entre nosotros; yo no puedo disimularlo ni callarlo, y esta es la causa de los azotes con que Dios nos aflige sin cesar; si no existiesen nuestras irreverencias, no tuviéramos tantos infortunios públicos.

Entremos, pues, ya dentro de nosotros mismos, considerando la sublime dignidad á que hemos sido elevados, dándonos Dios esa víctima para que la ofrezcamos cada dia al cielo y ruegue por nosotros; respetemos la Casa de Dios, como el Trono en que reside, y de donde nos mira para juzgarnos. Si así lo hacemos, este mediador nos librá de las desgracias que nos abrumen, será nuestro reconciliador con Dios su Padre, y nos llevará á la mansion de la paz y la dicha, donde vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

EL GRAN COMBATE DE DIOS CON EL DEMONIO.

Hæc est hora... et potestas tenebrarum.

Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

(LUC. X., XXII, 53.)

El reinado del pecado no podia ménos de concluir de un modo estrepitoso; habiendo subyugado al mundo por espacio de cuatro mil años, sería su caída tan ruidosa cuanto su dominacion habia sido dilatada: semejante á las monarquías arruinadas en un dia por huestes agueridas entre escenas de horror, el imperio de la culpa, al ser destruido, sucumbiria con espantoso estruendo; y como el gigante llamado á singular batalla que hiere á su rival, ántes de quedar postrado y exhalar sus últimos espíritus entre grandes convulsiones, el pecado debia ver su última hora despues de haber vulnerado con sus aceros al campeón que hollaría su cerviz. Los últimos momentos de este mónstruo fueron momentos de tinieblas y de horror; todas las pasiones se desencadenaron y amotinaron, queriendo sobrepujarse unas á otras: la envidia, el furor, la venganza, la avaricia, la injusticia y la tiranía se sucedieron unas á otras para abrumar con sus continuados golpes al Santo de los Santos. Todo el poder infernal abandonó su morada tenebrosa y tomó posesion de corazones perversos para atacar furiosamente al Justo, que, sin abrir su boca, se dejaba despedazar de los mal-

vados. Amigos infieles, prosélitos cobardes, discípulo traidor, enemigos encarnizados, sacerdotes inícuos, sayones inhumanos, soldados ferinos, verdugos atroces y jueces injustos, todos contribuyen á sacrificar al Cordero sin mancha, que va á presentar batalla al formidable mónstruo que dominára al mundo desde la caída del primer hombre. Llegó su hora, hora de espanto y de tinieblas, hora de confusion y de terror. *Hæc est hora... et potestas, etc.*

¡Ay! Los anales de la justicia no presentan una causa principiada con más ilegalidad ni sustanciada con tanta precipitacion, ni ejecutada con instrumentos más crueles. No hubo dia más infausto que aquel en que los hombres presentaron á Dios al tribunal de las pasiones; no hubo momento de mayor algazara para el infierno que aquel en que Jesus, objeto de sus pesquisas, por treinta años siempre temido de Satanás, siempre acechado y jamás conocido, se entregó en sus manos para que se encrueciese con él más que lo hiciera en otro tiempo con Job: *Potestas tenebrarum*. Desde este punto se da la señal del combate, combate último y decisivo entre Dios y el demonio, entre la gracia y la culpa, entre la inocencia y el crimen, entre la mansedumbre y la ferocidad. No nos admiremos, pues, que las pasiones humanas trasporten tumultuosamente á Jesus del huerto al Concilio, del Concilio al pretorio, del pretorio al Calvario. No nos admiremos de ver al Cordero inocente despedazado sin abrir los lábios, acusado con testimonios falsos, condenado sin tener crímenes y muerto con la mayor inhumanidad. No, nada de esto nos admire, porque, al ser encadenada la bestia del abismo, debia hacer los más formidables esfuerzos; al ser destruido su imperio, era necesario que pusiese en accion todas sus fuerzas para que aniquilada quedase bajo la fuerza del Omnipotente.

Este es, amados míos, el lastimoso é interesante cuadro cuyos bosquejos os voy á presentar: léjos de mí los artificiosos rodeos de la elocuencia humana cuando tengo que anunciar los tormentos de un Dios; léjos las redondeadas frases, pues la simple narracion del Evangelio brota por todas partes raudales de elocuencia. Sin embargo, para proceder con orden voy á dividir mi oracion en dos partes: en la primera vereis los esfuerzos de un Dios para vencer á la culpa y al demonio; en la segunda, los esfuerzos del infierno para vencer á Dios. Imploremos la gracia.

¡Oh Cruz adorable, hermoseada con la víctima inmolada en tus brazos! De tí salió aquella fuerza divina que venció á los tiranos y confundió á los filósofos; de tí descollaron aquellos rayos de luz que iluminaron nuestros entendimientos y encendieron en nuestros corazones el fuego del amor divino; extiende y derrama en nuestras almas tus benéficas influencias para que fructifique en ellas la sangre del Cordero sin mancha; para esto te saludamos con reverencia y humildad. *O Cruz! Ave spes unica, etc.*

PRIMERA PARTE.

Tres años enteros habia empleado Jesus en preparar el camino de su Pasion: enseñando el reino de la verdad y anunciando el Evangelio de la paz, contra sí concitára el odio más encarnizado de unos cuantos hombres que vivian segun el dictámen de sus pasiones, los cuales, no encontrando el más mínimo defecto en el Salvador, se conjuraron contra Él, so pretexto de que no observaba el sábado y decia públicamente que su Padre era Dios. Muy de antemano sabía Jesus las conspiraciones de la sinagoga; más de una vez habia dicho á sus discípulos que tenía que subir á Jerusalem y ser entregado á los malva-

dos para ser de ellos escarnecido, azotado y puesto en una Cruz, y, por fin, al concluir la cena, les mandó que le siguiesen, ya para que el mundo supiese que amaba al Padre, ya para que viese la pronta obediencia con que cumplía el mandato que tenía impuesto sobre sí; este mandato no era otro que el de dar su vida en un madero. ¡Qué valor anima las últimas acciones de Jesus! ¡Con qué resolución abandona el Cenáculo para ponerse en manos de los pecadores! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas inspira á sus discípulos! ¡Qué palabras tan animosas! El mismo Jesus, abrasado de amor por el hombre, deseoso de sacrificarse por su rescate, se dirige al discípulo alevé, y le dice que se apresure á ejecutar sus proyectos. *Quod facis, fac citius*. Al poco de haber salido el traidor á buscar satélites, se levanta Jesus de la mesa y emprende su marcha; en este último viaje que hace Jesus con sus once Apóstoles no parece sino un capitán que arenga á sus soldados para empezar el combate, prometiéndoles victorias y lauros: no parece sino un Rey que, escoltado de fieles vasallos, va á conquistar un nuevo reino, y para animarlos á pelear con honor y bizarría, les predice paz despues de la guerra, felicidades, abundancias y riquezas despues de los trabajos (Joan., x, v. 27-33): «Ya no os he de llamar siervos, les dice, sino amigos y compañeros, porque os he descubierto cuanto pasa en mi corazón.» *Jam non dicam vos servos, sed amicos*. «Mi Padre os ama mucho, porque me habeis amado á mí; el mundo os ha de perseguir, pues yo tambien he sido perseguido; pero no temais, que yo he vencido al mundo.» *Ego vici*, etc.

De este modo habla Jesus á sus discípulos en su último viaje que hace con ellos; con estas esperanzas se despide de ellos y llega á Getsemaní, lugar muy conocido del traidor, porque en él pasaba su Maestro la noche en oración con su Colegio. Al través de los tristes olivares,

y en el silencio de una noche apacible, entra el Redentor en el huerto, á esperar la hora de la batalla; aquí va á aguardar á sus adversarios, de pié firme. Pero ¡qué mutación tan repentina! Este mismo Jesus, tan animoso; éste Jesus que habia dicho ántes de ahora á sus discípulos que debia ser bautizado en su propia sangre, y suspiraba porque llegase este momento, al verse en el campo de la pelea se estremece y tiembla, descubriendo á sus Apóstoles que su alma está triste hasta el extremo de morir: *Tristis est anima mea usque ad mortem*; les manda que lo acompañen y oren con El; divide su corta fuerza en dos grupos; ocho quedan como en expectativa, tres son llamados junto á su persona, y con ellos se interna un poco más en la soledad, y en presencia de ellos se postra en el suelo, pega su rostro contra la tierra, adora á su Padre, y con los ojos y manos levantados al cielo, tristes suspiros exhala, y con voz entrecortada, al padre suplica que, si es posible, pase de Él aquel amargo cáliz (Mathæi, cap. xxvi, vers. 39): *Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste*. No nos cause admiración el ver que el Dios fuerte cuyo dedo sostiene el mundo se vea tan debilitado; no nos admiremos que el que con su voz hiende los robustos cedros y hace temblar á la tierra con su soplo, sea devorado por las angustias; este Jesus es el mismo que con una señal de su mano apaciguaba tempestades; el mismo que vaciaba los sepulcros; el mismo que sanaba repentinamente á los paralíticos y estropeados; pero desde que se ha dado la señal de la pelea; desde que ha salido á la arena contra el demonio, ha suspendido en cierto modo su fuerza divina, y deja obrar á la naturaleza humana; el primer esfuerzo que ha de hacer lo ha de emplear en vencerse á sí mismo ántes de vencer á los demás; porque su alma es como las nuestras, y aunque fué impecable, mas se revistió de aquella debilidad que nosotros contrajéramos por el pecado, de-

bilidad que nos hace sucumbir, debilidad que nos atterroza cuando estamos al frente del enemigo. Pero Jesus va á vencerla, y con su victoria la nuestra quedará robustecida, y no temerá entrar en lid con el demonio. Sí: la imaginacion de Jesus es el mayor enemigo que tiene en el huerto, y ella sola va á atormentarlo más que todos los sayones juntos.

No bajára del cielo el Verbo eterno sino para morir; no nació sino mirando al Calvario, como á su ocaso; semejante al sol, que al rayar en el horizonte saluda primero á las encumbradas colinas, Jesus no aparece en Belen sino fijando su vista en la sagrada cima del Calvário, donde ha de espirar; jamás aparta sus ojos de este lugar de sus ignominias; era este monte como esos volcanes gigantescos á cuya cima pretende subir el viajero; á lo léjos son extremadamente hermosos, por la blanca cabellera de las nieves, y por la variada hermosura de sus vértices cubiertos de árboles de muchos siglos; pero al llegar á su subida, se hiela el corazon, tiemblan los hombres más heróicos al tener que atravesar tantas hondonadas y trepar por horrendos precipicios, que ántes se les ocultaban por la gran distancia. Jesus ha mirado siempre á este monte en cuya cúspide ha de blandir la bandera de la victoria; pero al acercarse el momento decisivo, Él mismo tiembla por los obstáculos que tiene que vencer ántes de subir; y se horroriza de los tormentos que ha de pasar ántes de dar fin á su gloriosa empresa. Entremos por un momento en el alma de Jesus, y veamos sus pensamientos; por una parte se le representan todos los denuestos, afrentas, escarnios, azotes, espinas y clavos que ha de sufrir, y la cruz ignominiosa en que ha de espirar; por otra contempla que gravitan sobre sus hombros los pecados de todos los hombres; por otra prevé que su sangre, derramada con tanta liberalidad, no ha de reportar todos los frutos que se podia esperar:

tres ideas terribles, tres enemigos formidables que atacan simultáneamente á Jesus cuando llega al huerto; y al presentársele de frente como tres escuadrones armados de brillantes espadas, Jesus se halla entregado á toda la debilidad de nuestra naturaleza.

Los tormentos que sufriera en su Pasion cayeron sobre Jesus sucesivamente; la crueldad de los judíos fué creciendo poco á poco, como la tempestad, que infla é impele con más violencia las olas del mar cuando va llegando á su fin; pero no sucede así en el huerto. Al mismo tiempo se le representan todos: la rabia con que lo atarian en su prendimiento, el furor con que lo arrastrarian á los tribunales, la obstinacion con que pedirian su muerte, la crueldad con que lo azotarian, el modo infame con que lo condujeran al Gólgota, las irrisiones que sufriria en los tribunales de Pilatos y Herodes, la inhumanidad con que barrenarian sus manos y piés, los insultos que le prodigarian al estar pendiente en el madero, todo lo ve Jesus con la misma exactitud que tuvo en la ejecucion. De la representacion de los tormentos, veloz corre su imaginacion á considerar la muchedumbre innumerable de pecados de que tenía que responder á su Padre. *Possuit in eo iniquitates omnium nostrum.* ¡Ay! ¡Qué caos tan horrible! Uno solo bastó para poner un candado á las puertas del cielo y abrir las del infierno. ¿Cómo podrá Jesus soportar el peso de tantos millares de pecados? Porque no hay pecado, por leve que sea, que no recaiga sobre Jesus. A la maldad del primer hombre han añadido sus hijos las suyas propias y personales; miles de injusticias y latrocinios, miles de idolatrías y abominaciones, miles de impiedades y de homicidios, cargan sobre Jesus; los pecados cometidos ántes del diluvio, los que se perpetraron hasta su venida, los que se cometieran hasta su segunda aparicion, están dando voces de venganza, y Jesus ha de satisfacer por ellos. *Possuit Deus in eo,* etc. Sin

embargo, Jesus se halla dispuesto á borrarlos con su sangre; todo imperio, toda nacion, toda lengua, toda tribu es criminal; abominaciones de Reyes y vasallos, de ricos y de pobres, de sacerdotes y de pueblo, han de quedar perdonadas tan pronto como Jesus dé su vida en el madero; pero ¡qué horror! Jesus está dispuesto á sufrir los más crueles tormentos, y al mismo tiempo ve que el fruto de su sangre se ha de perder; al paso que se le representan las victorias de la Cruz, ve á esta misma Cruz hollada y conculcada por los hombres. Los tiranos han de emplear todas sus fuerzas para destruirla; los herejes no cesarán de atacarla; los impíos convertirán sus dogmas en problemas; los filósofos harán irrisión de sus misterios y de su moral; los hijos mismos de la Cruz se han de armar y levantar contra ella; su doctrina ha de ser reputada por locura, su humildad por necedad; la Iglesia que iba á fundar sería desgarrada por los Arrios, destrozada por los Mahomas, desmembrada por los Luteros, desacreditada por los incrédulos, minada por los impíos y mirada con indiferencia por los cristianos de los siglos del libertinaje. Veía Jesus que llegaría tiempo en que los hombres se servirían de sus luces mismas para atacarla; veía que los hombres que se llaman hoy creyentes tendrían una fé sin obras, un culto externo sin piedad verdadera; veía que los Sacramentos, convertidos por los hombres en instrumentos de perdición, serían sacrílegamente profanados y sepultados por invenciones del fanatismo; veía, por fin, que muchas naciones no querrian recibir su fé, y que otras apostatarian por seguir otras doctrinas, segun los elementos de la filosofía carnal. ¡Qué cuadro tan espantoso! ¡Tantos tormentos en su cuerpo! ¡Tantas angustias en su alma! ¡Tantos pecados, y que tanto irritan la justicia divina! ¡Una sangre tan preciosa derramada con tanta liberalidad para ser la ruina de los hombres, en vez de ser principio de salud! Al considerar

esto, el espíritu de Jesus se anonada, su cuerpo se estremece, su alma se entrega á todas las angustias, se arrodilla, se postra, cae en tierra, y oprimido con esta mole inmensa, moriria como el desgraciado habitante de un gran edificio mágicamente desplomado por todos sus ángulos. Sí; Jesus espiraria si la persona divina no sostuviese la debilidad de la naturaleza humana; por dos veces ruega á su Padre, y aquel Dios, que oye al pecador contrito, se halla inexorable para con su Hijo. ¡Qué violencia no se haria á sí mismo el amable Jesus! Bien lo dan á entender los efectos que causa en su cuerpo esta aflicción interior.

En efecto, amados míos; no encontrando consuelo en su Padre, vuelve á sus discípulos, que tendidos se hallaban en tierra, y entregados al sueño ocasionado por la tristeza de saber la próxima prisión de su Maestro: vuelve de nuevo á la oración, y humillado por tercera vez ante la presencia divina, despide suspiros más tristes. ¡Qué! ¿No basta para la redención de los hombres que haya dejado el sólio de la gloria y tomado carne humana? ¿No me he humillado hasta el exceso con haber padecido treinta y tres años pobreza, trabajos y persecuciones? ¿Es posible que ha de acabar mi vida entre tormentos tan crueles? ¿He de verter mi sangre por unos ingratos? ¿He de trabajar en vano, venciendo al demonio, cuando los hombres han de preferir sus cadenas á mi libertad, y le han de servir con más gusto que á mí, que soy su Dios, su redentor, su hermano y bienhechor? ¡Padre mio! ex-cogitad otro medio; no sea tu hijo bien amado la irrisión de los malvados; no se derrame su sangre inútilmente. «Si es posible; pase de mí este amargo cáliz;» y al decir estas palabras, un sudor mortal corre por todo su cuerpo; el corazón, oprimido del dolor, en vez de ser protegido por la circulación de la sangre, se encuentra desprovisto de este agente animal; se retira aquélla de las

venas y empieza á brotar por los poros con tanta abundancia, que riega la tierra. ¡Ah! ¡Espinass cruellas! ¡Látigos inhumanos! ¡Clavos sanguinarios, embotad vuestras puntas! Jesús no tiene necesidad de vuestro furor, pues Él mismo se ha sacrificado por su propia voluntad, Él mismo se ha puesto en el último trance de su vida; los ángeles tiemblan al sostenerlo en sus brazos. ¡Temblad vosotros, hombres perversos, que pretendéis sacrificarlo!

¿Quién no se espanta al ver al Dios fuerte tan acabado y temeroso? ¿Quién no se pasma al considerar al Dios sapientísimo casi espirando entre las agonías que le causa su misma imaginación? Al examinar esta escena de dolor, parece que Dios pierde toda su gloria y majestad, y ciertamente es así: «la majestad y la misericordia divina aparecen en el huerto más que en otra parte alguna,» dice San Agustín; se ve en estas agonías de Jesús que quiso revestirse de nuestros sentimientos; por mí se entristeció, añade el dicho doctor, y dejada á un lado la extensión y grandeza de su majestad divina, sintió el tedio de mi flaqueza.» No deroga á la divinidad de Jesús la tristeza que voluntariamente quiso sufrir por los hombres; teniendo presentes los tormentos que iba á padecer, y circulando por sus venas la sangre que iba á derramar, lloraba entonces por todos los pecados que no habían sido llorados; lloraba nuestras ingratitudes y demostraba sensiblemente que se hizo semejante en todo á sus hermanos, siendo tentado y atribulado como ellos, por la semejanza que tuviera en todo (Hæbr., cap. XI, vers. 15), aunque no había contraído el pecado; nos haría conocer, por fin, las funestas consecuencias de la culpa, pues para entrar en lid con ella tuvo Dios que hacer los más agigantados esfuerzos.

Hé aquí, amados míos, el primer encuentro de la gracia con el pecado, en el cual éste queda destruido y aquella sale victoriosa; la parte inferior del alma de Jesús se

resistía á padecer y morir, mas la superior se conforma con la voluntad del Padre Eterno; y formada la última resolución, vuelve á tomar sus fuerzas, se levanta del lugar de la oración para acometer á otros enemigos y vencerlos; los discípulos que dormían se despiertan á la voz de su Maestro, y le acompañan por la última vez. «Ya es hora, les dice; el traidor está cerca, y el Hijo del hombre va á entregarse en manos de los pecadores.» ¡Qué espíritu anima los pasos y palabras de Jesús! ¡Con qué decisión habla á sus discípulos! ¡Con qué imperio manda á sus agresores! No espera que éstos lleguen; Él mismo sale á su encuentro, y les dirige la palabra: «¿A quién buscáis? Yo soy Jesús Nazareno, el mismo á quien queréis prender; si me buscáis á mí, dejad ir libremente á mis discípulos á donde les agrade; habeis salido á apresarme armados de espadas y lanzas, como si fuera yo un ladrón, cuando cada día me teníais en el templo enseñando, y jamás me cogísteis; pero ahora yo me entrego de mi propia voluntad; esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.»

Vemos aquí á un Dios que, para pelear, tira las armas y las arroja; pudiera aniquilar á aquellos hombres, pudiera escaparse de entre sus manos, como lo hiciera tantas veces, y nada de esto hace; ántes al contrario, Él se ofrece de su propia voluntad á las cadenas con que verá ceñidos sus lomos de allí á un instante. Así viera Isaías en espíritu á este Dios, entregándose de su propio querer. *Oblatus est, quia ipse voluit.* Se halla Jesús escoltado de once discípulos cobardes; no tiene armas ofensivas ni defensivas, y viniendo á Él los judíos con una cohorte romana, con muchos satélites del pueblo, todos enfurecidos y ansiosos de beberle la sangre, nadie se atreve á tocarle hasta que Jesús se lo manda. *Oblatus est.* Les dice que Él es el mismo á quien buscan, y retroceden y caen por tierra despavoridos, como si un rayo hu-